

## El lujo exótico de la Polinesia Francesa

El archipiélago del Pacífico sigue siendo un destino de lujo, pero también sumó últimamente algunas alternativas aptas para otros presupuestos

DOMINGO 12 DE NOVIEMBRE DE 2017 | [José Totah](#) PARA LA NACION



Foto: Vera Rosemberg/Lugares

**N**o le fue tan bien al navegante James Cook en su tercer viaje por el Pacífico. Porque, según la versión oscura de la historia, una horda de caníbales bastante enojados se lo terminó merendando en Hawái, el 14 de febrero de 1779. Diez años antes de aquel festín cárnico, el explorador había llegado a lo que hoy es la Polinesia Francesa y había introducido frutas como la papaya y el ananá, cuyas plantaciones hoy tapizan el valle de Opunohu, en la isla de Moorea, a 30 minutos de ferry desde el puerto de Papeete, capital de Tahití.

Este paraíso oceánico siempre estuvo asociado al hiperlujo (no al canibalismo, por suerte), con la postal de los bungalós en pilotes sobre el agua turquesa, a 800 dólares la noche, a lo que se

suma un ticket aéreo que arranca en los US\$ 1400 desde Ezeiza. Sin embargo, el destino tiene ahora un costado posible para los turistas argentinos: sucede que, desde hace relativamente poco, proliferaron las pensiones de familia -hotelitos, posadas y casas atendidas por sus dueños-, que ya son más de trescientas en las principales islas polinésicas y ofrecen estadias que arrancan en los US\$ 100 la noche.

Para los argentinos, la Polinesia Francesa, compuesta por 118 islas y atolones, organizados en cinco archipiélagos, es un destino mielero por excelencia (en la jerga significa un paquete a la medida de recién casados). Por eso, en el avión de Latam que sale de Buenos Aires y hace escala en Santiago e Isla de Pascua, es muy común ver parejitas a los besos, que empiezan a descubrir los matices de la convivencia en un habitáculo pequeño, durante las más de 20 horas que dura el periplo. Si después de semejante travesía, con las caras deformadas por el sueño y el malhumor del jet lag -hay 7 horas de diferencia con Buenos Aires -, los mieleros se siguen amando, entonces este asunto quizás dure un tiempo más.

Este vuelo de Latam llega a Papeete una vez a la semana; aterriza el martes a la 1.20 de la mañana y se vuelve a ir dos horas después. El que pierda ese avión deberá esperar otros siete días para regresar a casa vía Isla de Pascua. O volver por Los Ángeles (con otra empresa), desde donde fluye el principal visitante de estas islas: el público norteamericano que, cansado de su habitual springbreak en Hawái, vacaciona por primera vez en Tahití.

En cierto modo, la frecuencia de los vuelos le juega bastante en contra a la Polinesia Francesa, que recibe 200.000 turistas al año. En comparación, esa es la cantidad de gente que visita Hawái en una sola semana. En cuanto a los argentinos, en 2016 ingresaron 2556 pasajeros a Papeete y, según datos del ente de turismo local, fue la primera vez en mucho tiempo que esa cifra superó a la cantidad de turistas brasileños y chilenos.

Para orientarse, quien husmee en Google maps verá que Tahití está perdido en el medio del Pacífico, casi a mitad de camino entre Australia y Chile. Se entiende que sea un paraíso no tan descubierto porque realmente es difícil llegar desde casi todos lados (Sudamérica, Estados Unidos y Europa). Lo bueno es que se puede ir durante todo el año: hace calor para andar en remera y ojotas durante el día y la noche -los meses húmedos son de noviembre a enero, pero tampoco llueve tanto- y no hay temporada de huracanes. El fenómeno climático más grave de los últimos 35 años fue un ciclón.



*Foto: Vera Rosemberg/Lugares*

La isla más explotada turísticamente es Bora Bora, donde hicieron pie las grandes cadenas hoteleras. También es famosa Tetiaroa, el atolón privado de Marlon Brando, que se enamoró del lugar cuando vino en 1962 a filmar *El motín del Bounty*. Pero, a menos de una hora de avión por Air Tahiti, hay muchísimas islas más por conocer, como Ahe y Raiatea, por citar algunas, cada una diferente a la otra.

## Tahití, la reina

En el aeropuerto internacional de Tahití-Faaa, al recién llegado le cuelgan collares de caracol y flores de Tiaré, le cantan un par de canciones con ukelele y le conceden algún baile típico. Ese suave meneo que hacen las mujeres, en las antípodas del perreo quiebra-caderas del reggeatón, había sido prohibido cuando se instaló el protectorado francés en 1842, al punto que durante muchos años los locales fueron reportados por hacer el baile tahitiano.

A pocos minutos del aeropuerto se despliega la europeizada Papeete, conocida por sus jardines, sus roulottes (puestos de comida al paso) y un colorido mercado de artesanos bajo techo en el centro. Un paréntesis es el restorancito que hay en el primer piso de este mercado, en donde se come el mejor atún crudo con leche de coco de Tahití. En 1891 llegó a esta isla el pintor posimpresionista francés Paul Gauguin (uno de los artistas icónicos de la Polinesia), pero tres meses después instaló su estudio en Mataiea, Papeari, a 45 kilómetros de Papeete.

Un rasgo distintivo de la ciudad es que todos sonríen sin motivo evidente. Y la verdad que no parece una impostura para quedar bien con el turista de estación sino una especie de alegría complaciente (¿un poco resignada?). Aquí no hubo una colonización violenta y quizás esa sea la raíz de todo; cuando los europeos desembarcaron en estas islas, los tahitianos se rindieron a un razonamiento sencillo, que sería algo así: estos tipos tienen armas y su Dios es más fuerte. Quedémonos en el molde. Por eso aceptaron a los protestantes y, entre otras cosas, terminaron con el hábito del canibalismo, que se practicaba sobre todo en las Islas Marquesas, los bailes tahitianos, los tatuajes y el andar desnudo por ahí.

## Todos a bordo

Una buena forma de conocer Tahití es navegarlo, surcando en lancha el canal de entrada de la laguna de Vairao, donde las ballenas jorobadas asoman el lomo entre principios de julio - cuando florece el atae, también conocido como árbol de ballena- y finales de octubre. Vienen a reproducirse en esas aguas cálidas para luego, con los ballenatos a cuestas, emprender su viaje hacia el Antártico.

El guía del barco, un trotamundos llamado Yoann Kerherve, que llegó a Tahití desde Canarias en su catamarán, pone la proa hacia Fenua Aihere, la zona de la isla en donde se terminan la carretera y también la electricidad y el agua corriente. Durante la navegación, se pasa por el lugar en donde se forma la mítica ola de Teahupoo, una de las más famosas del mundo para los surfistas, que alcanza hasta ocho metros de altura. También hay locaciones memorables para bucear, como la pipa maravillosa, en la parte oeste de la laguna, en donde enormes pedazos de coral suben en cilindros para formar una pared submarina de 25 metros.



*Foto: Vera Rosemberg/Lugares*

En un momento, Yohann enfilaba hacia la costa y se nota el lado más salvaje y frondoso de Tahití, con el monte Ronui vigilando todo desde sus 1332 metros de altura y hermosas cascadas fileteando en las montañas. El barco entra por el río Vaipori, que en tahitiano significa agua en la oscuridad, y amarra entre los árboles. Al bajar a tierra, se descubre un lugar mágico: un bosque de castaños (mapes) que componen un paisaje entre lúgubre y prehistórico, salpicado por gallinas salvajes que corretean buscando comida. Después de las cinco de la tarde, cuando empieza a bajar el sol, caerán las flores del árbol de Pura, tiñendo el piso y el aire de rojo, y los ancianos dirán a los niños que vuelvan a casa.

Luego de diez minutos de caminata sobre las raíces del bosque de Vaipori aparece la entrada a un pequeño espejo de agua dentro de una gruta. Hay que bajar una pendiente y, cuando la vista finalmente se acostumbra a la oscuridad, se nada por esas aguas silenciosas hasta tocar el fondo de la cueva. Cuenta la leyenda que en esta caverna se refugió un príncipe que se había enamorado de la hija del gran jefe de Teahupoo, pero antes de entrar a la cueva tuvo que matar a dos lagartos gigantes. Cumplido el ritual, príncipe y princesa (el detalle es que eran medio hermanos) vivieron felices escondidos en esta penumbra. Ahí mismo, en la oscuridad más tranquila, hay que pedir un deseo. Subiendo al barco, dejando atrás el río Vaipori y los deseos, el patrón del yate rumbo hacia los acantilados de Te Pari, en donde hay más locaciones de buceo al pie de una cascada, y luego hasta la bahía de Faraoa, punto final del tour marítimo.

# Moorea, la isla de ananá

Elda Whitakker mira el horizonte desde su posada frente al mar, en la isla de Moorea, que durante el siglo XV supo estar habitada por 40.000 habitantes pero hoy sólo tiene 18.000.

Elda es dueña de una de las 301 pensiones de familia que funcionan en la Polinesia Francesa y se la ve satisfecha al frente de la pensión Fare d'Hôte Tehuarupe, que maneja desde hace 10 años y en donde pasar la noche cuesta 100 dólares. "Muchos que no pueden pagar un hotel grande o quieren una experiencia más humana vienen aquí", cuenta esta mujer, que en el pasado trabajó para Robert Wan, el emperador de las perlas negras de Tahití.

Desde la pensión, no se tarda mucho en llegar a una de las mejores excursiones para hacer en Moorea (además de nadar con delfines en el Moorea Dolphin Center): recorrer en auto o a caballo el valle de Opunohu, que en realidad es la inmensa caldera verde de un volcán, completamente tomado por plantaciones de ananá y vigilado por la montaña de Mouaputa, que parece una cara mirando al cielo. Es tanta la cantidad de piñas y tan fértil la tierra (quien plante una semilla de mango tendrá un arbolito en dos semanas) que los recolectores tienen que cosechar cada dos o tres días para no verse desbordados de ananás.



Foto: Alfredo Sánchez

Recorriendo el valle se pasa por el Colegio de Agricultura, en donde venden helados de flor de Tiaré a US\$ 2,5, y se ingresa a uno de los templos (Marae) más importantes de la Polinesia (se estima que hay más de 900 en todas las islas). En este caso no se trata de una edificación construida sino de un rectángulo repleto de piedras; los tahitianos, que son muy supersticiosos, dicen que jamás hay que levantar una roca dentro del templo. Esta indicación, que el guía marca con severidad en la entrada del Marae, es obedecida sin chistar por una pareja de mieleros de Arizona. No vaya a ser que una piedra cualquiera termine empañando un clima de jolgorio amoroso que ni el jet lag del vuelo pudo arruinar del todo.β

## Datos útiles

### Cómo llegar

Vía Santiago de Chile, por Latam, desde 1400 dólares. Costo del ferry del puerto de Tahití a Moorea: 15 dólares.

### Dónde dormir

Alojamiento en pensiones de familia. En Tahití, Relais Fenua, desde US\$ 100 la noche ([www.relais-fenua.fr](http://www.relais-fenua.fr)). Reva Teahupoo. Desde US\$ 120 la noche ([www.reva-teahupoo.org](http://www.reva-teahupoo.org)). Vanira Lodge. Desde US\$ 200 la noche ([www.vaniralodge.com](http://www.vaniralodge.com)).

En Moorea: Tehuarupe. Desde US\$ 100 la noche ([www.facebook.com/FareTehuarupe](http://www.facebook.com/FareTehuarupe)); Taohere Beach House, desde US\$ 180 la noche ([www.taoaheremoorea.com](http://www.taoaheremoorea.com)). Green Lodge. Desde US\$ 250 la noche ([greenlodgemoorea.com](http://greenlodgemoorea.com)).

### Dónde comer

Cenar en un food truck (tradicionales roulottes) en Papeete: 30 dólares, menú completo. Cena en un restaurante top de Moorea (como el recomendable Mayflower restó): 100 dólares por persona.

### Qué hacer

Excursiones en Tahití y Moorea: día completo en lancha en Tahití. Costo: US\$ 90 ([www.tahitiitourandsurf.pf](http://www.tahitiitourandsurf.pf))

Excursión a caballo por el cráter de Opunohu, en Moorea. Costo: US\$ 50. Excursión en 4x4 a plantaciones de piña del valle de Opunohu, en Moorea. Costo: US\$ 45 ([www.albert-transport.net](http://www.albert-transport.net)).

---

LA NACION | Turismo | Viajes

---